

## Capítulo X

VIAJE DE LIMA A PASCO POR OBRAJILLO. LA DIVERSIDAD DEL AIRE Y EL CLIMA. CANTA, UNA LOCALIDAD FAVORABLE PARA LOS TÍSICOS.

OBRAJILLO, PUEBLO DE ARRIEROS. EL RELEVO DE MULAS Y LOS PAGOS POR ADELANTADO. EL CULTIVO Y LAS COSECHAS. ASCENSIÓN Y CRUCE DE LA CORDILLERA. LA VETA O ENFERMEDAD DE LA CORDILLERA. UNA CHOZA INDIA. LOS REFUGIOS DE LOS ARRIEROS EN LA PUNA. HUALLAY. DIEZMO. PASCO

DEJAMOS LIMA HACIA EL MEDIODÍA y cabalgamos por un camino ancho y pedregoso por las faldas de los cerros, que ya en el mes de enero eran masas secas y estériles de tierra y roca. A nuestra izquierda se extendía el bello pero abandonado valle del Chillón, otrora muy cultivado y susceptible de rica mejora. Pasamos varias edificaciones indígenas, construidas de barro amasado en grandes montículos, que, en cierto grado, preservan todavía diversas formas, pese a los estragos que han padecido por obra del tiempo y los terremotos. Estas siempre aparecen por encima del nivel de la tierra irrigada, como si se hubieran buscado, sabiamente, evitar el alcance de los efluvios pantanosos, tan sumamente perniciosos para la salud de los aborígenes.

Llegamos a buena hora a Caballeros, distante seis leguas de Lima, y dormimos muy profundamente, desafiando el incesante ladrido de los perros, el tintineo de las campanillas de las mulas y el ruidoso comadreo de los negros. A la mañana siguiente, partimos a primera hora con la esperanza de llegar al terreno eriazo del río Seco antes de que el sol saliera con fuerza. Desde las alturas de esta hondonada en la cuesta del cerro —tan espantosa a la vista, lúgubre para la imaginación y salpicada por todas partes de los huesos y esqueletos blanqueados de animales famélicos, exhaustos y destrozados, dejados allí para que perezcan—,

se abre, súbita y repentinamente a la encantada mirada del viajero, el panorama inesperado de los cercos irrigados del pueblo de Yanga, cerca del serpenteante río, cuyas orillas están revestidas de vivaz verdor, y engalanadas de árboles siempre umbrosos y de hoja perenne.

Desde esta reconfortante eminencia, en las épocas del mayor des-gobierno, el viajero puede permitirse un agradable sentimiento de seguridad, mientras lanza una ojeada postrera a la oscura caldera del río Seco, tan apropiada para las infernales hazañas de los bandidos por las que es famosa, y baja con buen ánimo hacia Alcacota y Yanga, felicitándose de haber pasado con seguridad por una ruta desolada y peligrosa, donde los viajeros son saqueados y maltratados, y, si ofrecen una inútil resistencia, martirizados y asesinados.

Dos leguas más arriba de Yanga están la iglesia y las ruinas de Santa Rosa de Quives, dominando la única casa habitable en este punto (una especie de *tambo* o taberna) cerca de un torrente de montañas que desciende desde los cerros altos a la derecha por una quebrada que los cruza para unirse al río principal del valle. Durante la estación árida, casi toda la sierra queda totalmente reseca; sin embargo, en la húmeda, sus aguas turbulentas corren impetuosamente removiendo inmensas piedras redondas por su lecho, cuyo sonido puede oírlo el viajero en el tambo anunciándole que no puede vadear la corriente hasta que el río baje, sino que debe cruzar por un puente malo hecho de trozos de troncos con barro y palos, tendido sobre la parte estrecha de la quebrada, considerablemente más alta que el vado normal.

Al lado opuesto de esta corriente está Santa Rosa. Aquí, varias casas se sitúan frente a una pequeña llanura arbolada entre el pueblo y el río principal, donde siempre hay hombres ocupados en cortar madera y convertirla en carbón para enviarla a Lima, a catorce leguas de distancia. En este lugar, predomina la enfermedad que los nativos llaman *uta*, una especie de cáncer bien conocido entre los deshollinadores de Inglaterra. También hemos visto la fiebre palúdica más fuerte, dicha afección aparece durante la estación lluviosa en los cerros de la sierra (pues aquí nunca llueve), y cuando el torrente referido inunda y llena de grandes piedras, arena y lodo la meseta cerca de su desembocadura.

Cuatro leguas más arriba de Santa Rosa está un lugar llamado Yaso, que antes fue una floreciente hacienda, con una huerta donde se

ven todavía lúcumas, pacaes, guayabas y naranjas agrias, pero donde, en lugar de una propiedad floreciente, hay ahora unas cuantas chozas de caña y vallas parcialmente recubiertas de barro, y provistas de corredores abiertos, en que los arrieros y viajeros tienden a dormir; pero, como la alfalfa es escasa, y no hay pastos silvestres, pocos optan por pasar la noche aquí. Aunque muchos piden un vaso de chicha (o cerveza del país) hecha de maíz, para aplacar la sed mientras descansan al mediodía, cuando el potente sol se refleja desde los cerros desnudos e imponentes de las cercanías.

Como el agua del río, durante la época de las lluvias en la sierra, siempre turbia, aquí el viajero se siente tentado a beber de un hilo cristalino que brota de la roca; pero el benévolo morador de alguna desvincijada choza le advertirá del peligro, y le asegurará que si bebe de esa fuente, sufrirá la enfermedad grave llamada *verrugas*, una erupción dolorosa propia de ciertas quebradas —Yaso es una de las localidades sometidas a este purulento flagelo—. Un par de leguas aún más arriba de la *quebrada* o cañada, está el lugar de descanso de Huaramayo, un pequeño punto verde, con algunas pulcras chozas rodeadas de campos de alfalfa, y muchos fragmentos escarpados de las cercanas escalinatas.

Observamos que una de estas humildes moradas, hechas de barro, caña y mimbre, estaba techada con una especie de líquen viviente; un sencillo estilo de arquitectura que nos dice que aquí el clima todavía es seco y cálido y que el lugar está protegido de los vientos fuertes o tormentas.

Hemos visto al labriego, que ocupaba la choza situada al pie del arduo ascenso que se inicia aquí, mirar con inenarrable complacencia cómo nosotros, desde su pequeño corredor, observábamos admirados la lluvia que caía torrencialmente unas cuantas yardas por encima nuestro, mientras que en su propio cómodo refugio apenas lo alcanzaba una suave llovizna, la que un limeño llamaría *agua bendita*, que da suavidad y salubridad al aire y longevidad al anciano morador de la choza.

Este octogenario doblado y gastado por los años, aunque todavía activo y vital (en su juventud fue zapatero en Lima), al ser atacado por la hemotisis o expectoración de sangre, fue declarado incurable por los

médicos; procuró entonces el beneficio de un cambio de clima y descubrió, tras varias pruebas, que tan pronto como regresaba a Lima su mal de los pulmones recrudecía, pero desaparecía otra vez en cuanto regresaba a este refugio de duendes, a veinte leguas de la capital. Por estas buenas razones, decidió establecerse aquí, un lugar privilegiado donde incluso el paludismo es desconocido, y ya ha llegado, según hemos visto, a una edad madura pero vigorosa. Si este lugar fuera una espaciosa planicie como el valle del Rímac, que estuviera disfrutando un clima como el de ahora, sería tal calma y brillante y hermoso como un paraíso de los druidas, y podemos incluso figurarnos cómo un hombre podría vivir en un suelo y un clima tales durante un número antediluviano de años.

De Yanga a Huaramayo, el valle por donde pasa el camino de Cerro de Pasco que va por Canta es sumamente estrecho y replegado, excepto en Santa Rosa donde es un poco más abierto. Con frecuencia, el camino se aparta del lecho del río; aunque, por lo general, no lo pierde de vista y está bordeado a cada lado por elevados y áridos cerros de granito, los cuales, por la orilla izquierda del río a medida que ascendemos, están cruzados por angostas venas perpendiculares que suben desde la superficie del agua hasta las cumbres de la montaña, y, desde el camino, presentan un aspecto ferruginoso, sugiriendo la idea de grandes conductores de fluido eléctrico. Solo el riego permanente hace que unas cuantas parcelas y franjas del suelo, que aquí y allá alivian el tedio de un camino accidentado, muestren su exuberancia vegetal a esta distancia.

En Huaramayo, la temperatura es intermedia entre la de la sierra y la costa. Y, como en los valles serranos cálidos en medio de los Andes, aquí, en una región de benignidad correspondiente situada en la vertiente occidental de la misma masa montañosa, tenemos el árbol llamado *molle* o *mulli* que abunda al borde del río. Este árbol es muy apreciado como combustible y los fabricantes de azúcar de la sierra utilizan sus cenizas, con preferencia a las de otras maderas, debido a sus propiedades alcalinas, y su consiguiente eficacia para purificar la caña, mientras se hierva para que alcance la consistencia adecuada y, posteriormente, vaciarla en moldes. La tribu inca, según leemos en

Garcilaso de la Vega,<sup>1</sup> hacía un brebaje muy apreciado y medicinal, que algunos indios de la sierra todavía preparan de vez en cuando con los racimos del fruto de pequeños granos que pende graciosa y abundantemente de este lindo árbol.

Aunque el clima descrito corresponde, en muchos aspectos, al que se aprecia en valles cálidos centrales de los Andes, existe una clara diferencia: en Huaramayo y en otras cabeceras similares tales como Surco, que está en el camino de Lima a San Mateo en la sierra, no hay invierno ni verano, sino una perenne primavera. Aquí, como en la mayoría de valles del interior, no llueve durante varios meses al año; pero se parece a ellos por estar fuera del alcance de las heladas, y libre de las brumas y el calor sofocante de la costa. En Surco, Huaramayo y otras localidades similares en los valles angostos que se extienden desde la costa a las cordilleras, el sol parece salir tarde y ocultarse temprano, pues solo durante unas pocas horas a mitad del día brilla con intensidad entre las empinadas y altas montañas del valle, y, al calor del mediodía que brota del potente reflejo de los rayos del sol en las rocas desnudas, le sigue un atardecer fresco y agradable. Aquí, entonces, se encuentran y neutralizan entre sí las corrientes atmosféricas de la sierra y la costa desapareciendo los extremos de ambas, y el resultado es un clima delicioso para el convaleciente, cuyos órganos delicados necesitan una temperatura suave y uniforme, distante por igual de los extremos de calor y frío, de sequedad y humedad; y el que ha tenido la precaución o prudencia de mantenerse en la sombra mientras el sol atraviesa el valle en el mediodía puede, realmente, disfrutar con tranquilidad de todas las cualidades curativas de esta temperatura placentera y renovadora. Este importante hecho lo conocen perfectamente los habitantes enfermizos de Lima, y suelen frecuentar las *cabezadas* o cabeceras de los valles, como, por ejemplo, Matucana, el lugar de descanso favorito de los individuos tísicos y hemáticos, que se encuentran obligados a retirarse de la capital, para recuperar su salud visitando los famosos sitios de convalecencia: Tarma y Jauja.

---

1. Garcilaso de la Vega 1976, lib. VIII, cap. XII, vol. 2: 176.

Cerca de Huaramayo, y por la ruta del viejo camino, comienza una ascensión empinada llamada el Paxarón, debido al número de pe-  
rriquitos que siempre se ven por ahí. El paso por la cuesta es estrecho,  
fatigoso y escarpado, hasta muy cerca de la aldea de Obrajillo, situada  
a una distancia de varias leguas. En las cumbres ventosas que dominan  
este camino y la quebrada debajo de él, hay varias aldeas a las que solo  
se llega por un camino zigzagueante y arduo, y en los alrededores, si  
no en otra parte de la ruta de Canta, se ven ejemplos de lo fantástico  
en el paisaje, para aquellos que no están acostumbrados a la fragosidad  
propia de las regiones alpinas y de fuerte relieve. Un joven caballero  
conocido nuestro, que no sabía más que de colinas y césped, fue afectado  
en las cuestas del Paxarón por un vértigo que, por cierto tiempo,  
alteró su imaginación. Además, hemos visto que los viajeros, al en-  
contrarse en los peores puntos de paso, chocan con gran peligro y, por  
ello, el grupo que va por la parte externa de la cuesta se ve obligado,  
por falta de espacio, a rozar con fuerza al otro grupo que se está quieto  
en la parte más alta y segura del camino; asimismo, cuando una bestia  
débil o cansada se tropieza, el jinete está en riesgo de salir disparado  
por el borde, y la falta de parapetos hace el camino aún mucho más  
impracticable en una noche oscura.

Canta y Obrajillo están situados en la misma abra entre las mon-  
tañas. Obrajillo es por completo un pueblo de arrieros, cuyas mu-  
jeres fuertes y activas participan en las labores agrícolas; mientras  
Canta, situada en una altura, es un pueblo provinciano y sede de una  
gobernación.

La aldea de Obrajillo está construida sobre una especie de cañada  
irregular cerca de un riachuelo, rodeado por montañas cultivables que  
se repliegan y adelantan conforme se elevan hacia las cumbres más  
altas, y, por tanto, permiten una mejor ventilación que la que hay en  
cualquier parte del valle entre esta aldea y Yanga.

De Yanga a Huaramayo, las montañas, como se ha dicho antes,  
están condenadas a una aridez perpetua, y todas desconocen la agra-  
dable influencia del rocío o la lluvia, sin embargo, pasando las cumbres  
del Paxarón encontramos caminos con ese abundante pasto del cual  
los montes y cuestas están cubiertos plenamente en Canta y Obrajillo.

Como Canta es considerado una suerte de hospital para las personas convalecientes de Lima, resulta pertinente subrayar que, desde el punto de vista médico, tiene mucho interés y, además, está construido sobre una montaña cuya base bordea la aldea de Obrajillo. Aunque desde la plaza de la aldea más baja hasta el pueblo más alto, el ascenso no toma más de una caminata de treinta minutos. Se considera que Canta, no obstante, disfruta de un aire más puro que el de Obrajillo, y, como está solo a veinticinco leguas de la capital, los limeños convalecientes tísicos, héticos y lentos suelen preferir Canta a los distritos más lejanos. La gente de Obrajillo y Canta, cultiva por todas partes alfalfa o lucerna en pequeños cercados junto al río, y las montañas circundantes están cubiertas de pastos: las cuevas más bajas y las laderas suaves producen buenas cosechas de trigo, frijoles, papas, maíz, etc.

Aquí el *culén* (albaquilla) es uno de los arbustos más comunes, y los lugareños hacen con sus hojas una infusión que es considerada un excelente digestivo. Durante la estación húmeda, las flores y los arbustos floridos se expanden con generosa profusión, pero los árboles son muy pocos como para suplir las necesidades de los habitantes, que construyen sus casas, por tanto, con gran dificultad, al verse obligados a traer madera desde lugares distantes y profundas quebradas. Las paredes de piedra o adobe y los techos de paja de las pequeñas aldeas o pueblos de la sierra caracterizan, con solo una excepción, las edificaciones de Obrajillo. Las casas de habitación se emplean para almacenar papas, maíz y todos los comestibles con que los residentes pueden beneficiarse; y cuando la familia se retira a descansar, sus miembros se acuestan donde pueden sobre pieles de ovino en sus desordenados aposentos. No es necesario señalar que todo viajero por estos caminos debe llevar consigo su propia manta o ponchos para reposar en la noche.

En Obrajillo, hay en total unas sesenta familias y entre los habitantes conocimos a un maestro de escuela sensiblero que tenía solo seis alumnos, a los que enseñaba, *sub Jove* [al aire libre] en un corral abierto. Los aldeanos lo tenían por un *savant*, y algunos lo empleaban para que les llevara sus cuentas. Además, pudimos observar que se puso a hablar acerca de la zoología de Aristóteles cuando un amigo nuestro

mostró su celo y ciencia más prácticos en coleccionar y preservar especímenes de ornitología, en busca de los cuales, a menudo, se metía en el río, pistola en mano. Y era algo bello ver los patos de delicado plumaje zambulléndose con maravillosa agilidad al pasar los rápidos más espumeantes. Esta aldea de arrieros está a medio camino entre Lima y Cerro de Pasco, esa gran fuente de riqueza minera. Desde la capital al Cerro, un jinete en una buena cabalgadura llega en cuatro días sin perjudicarse a sí mismo ni a su bestia, y esto se considera bien hecho; sin embargo, hemos sabido que se ha realizado el viaje del Cerro a Lima en unas cincuenta horas, lo cual también es un esfuerzo excesivo para el hombre, quien, probablemente deja incapacitados a uno o dos animales en la empresa. En general, puede decirse que, por un camino escarpado y fragoso, un promedio justo de viaje es una legua por hora para una mula fresca en un trayecto ordinario por el interior del Perú.

El viajero no puede hacer ningún negocio con los arrieros sin descubrir que está enteramente a su merced; y que, además, no le proporcionarán animales para su viaje a no ser que les pague dinero a cuenta o *adelantado*. De hecho, tendrá que avanzar una parte del alquiler de mulas antes de que pueda montar la bestia, propiedad de otro hombre, pero no debería ignorar la siguiente norma peruana para esas ocasiones: sospechar que todos hacen trampa hasta no cerciorarse de lo contrario, una regla que es completamente indispensable. Al actuar según el principio inglés contrario (creer que toda persona es honesta hasta que no se descubra que es un canalla), fuimos estafados por el comandante militar de Junín, quien, aunque ya le habíamos pagado por *adelantado* por dos bestias para el viaje del día siguiente, nos proporcionó una de ellas con solo tres patas, pues la cuarta estaba tan lastimada que no podía tocar el suelo. Sostuvo —y como era la primera autoridad en el lugar, lo hizo exitosamente— que solo había acordado proporcionar dos bestias, sin especificación de su calidad, y que no reemplazaría la coja ni nos devolvería el dinero.

Los arrieros con carga suelen emplear nueve o diez días, y a veces más, de Lima a Pasco, pues hacen cortas paradas vigilando la comodidad de sus bestias y la disponibilidad de alfalfa y pastos, y en Obrajillo, por lo general, descansan un día como mínimo, para refrescar o quizá reemplazar algunas bestias, antes de afrontar los grandes esfuerzos de

la cordillera. De Obrajillo a Culluai, una pequeña aldea casi al pie de la cordillera, hay tres leguas y el camino trepa por un paso rocoso por el curso de un río de lecho escarpado y corriente undosa. Hay uno o dos pasos malos a superar en esta parte del viaje: desde la cumbre de uno de ellos un caballito jadeante cargado con parte de nuestro equipaje cayó y se rompió el cuello. Esta angosta quebrada no está desprovista de interés para el botánico, pues en la estación lluviosa, entre los intersticios de las piedras y riscos, aparecen arbustos florecientes de gran belleza y variedad. En efecto, los pasos de la cordillera más alta no carecen de flores resistentes entre las plataformas de roca. Podemos notar que, entre los cerros en las cercanías de Culluai, se aprecian muestras de estos huertos superpuestos contruidos uno sobre el otro en la superficie de la cuesta, a los cuales hemos aludido en el capítulo precedente “sobre los caracteres generales de la sierra”, como pruebas que quedan de la laboriosidad de los antiguos peruanos.

A la misma altitud, muchas personas susceptibles comienzan a sentir malestares debidos el enrarecimiento de la atmósfera, y a la falta de alimento en el estómago, si ocurriera por casualidad y sus alforjas no estuvieran adecuadamente provistas de lo necesario para el viaje. Solamente en la *puna* y en las altiplanicies se puede comer carne, quizá con papas y cancha o maíz tostado, pero si el viajero pidiera algo más, se le contesta *manan cancha* (no hay).

Entre Culluai, por una parte, y Casacancha, una estancia con una o dos mezquinas chozas, al otro lado de la cordillera, la distancia es de cinco leguas; y a una legua o más de Culluai comenzamos a subir por la Viuda, una montaña imponente que se levanta como si fuera parte de las otras grandes moles que en este punto se agrupan para formar una porción de la gran cordillera occidental. Y a veces puede ser conveniente saber que al lado derecho de la Viuda, conforme ascendemos el camino que serpentea por su flanco, oculto en un recoveco cerca de la línea de nieve, se halla el caserío indio de Yantac.<sup>2</sup> Antes

---

2. Ignorando esto, y creyendo que no hay un techo cercano donde cobijarse, hemos sabido de viajeros obligados a pasar la noche muy incómodamente, y con no poco riesgo para su salud, en la pampa o por la cascada que está al pie de la Viuda.

de que el arriero intente ascender a la cordillera, lo hemos visto untar a sus bestias en los ojos y la frente con un ungüento hecho de sebo, ajo y mejorana silvestre, y como prevención contra lo que llama *veta*, atribuyendo los efectos del enrarecimiento de la atmósfera a una *veta* subterránea o vena de un metal o mineral nocivo, que, según él cree, difunde sus partículas mefíticas y venenosa en el aire de las cumbres y las alturas.

Al mediodía, el cruce de la cordillera con clima seco ofrece una gran vista. Cuando cruzamos primero el sol había salido en todo su esplendor, y aunque las montañas de nieve se situaban a cada lado de nuestra ruta, sentíamos bastante calor, pero observamos que en la sombra el frío era muy penetrante.

Especialmente emocionante fue para nosotros avistar tantos monumentos nevados reflejándose en toda su sublimidad en las aguas verdes de los lagos más abajo, en que se amontonaban una multitud de cormoranes y juguetones patos. Estos reservorios de lluvia y nieve derretida, que aquí y allá excitan la admiración del viajero, son como muchos sucesivos espejos que oportunamente se descubren al ojo entre las concavidades y cuencas que separan las cabezas majestuosas de los antiquísimos Andes.

En la zona vecina y mucho más amplia de la cordillera, a la que en otra ocasión nos encaramamos por un paso estrecho, rocoso y empinado, nos vimos atrapados por la repentina aparición de una espesa niebla que a la vez que se desplegaba, lanzaba una oscuridad nocturna sobre la vasta luz de una mañana clara y helada. Esta transición no va acompañada por truenos o relámpagos, ni conmoción de ningún tipo, y después de que la oscuridad continúa durante unos minutos, al mirar hacia arriba se ve que en el firmamento un haz de rayos comienza a salir entre las nubes, y un cuerpo de luz real, aunque mal definido, puede apreciarse en el centro de donde los rayos parecen irradiar; un instante después, el pico de una montaña —una pirámide cristalizada de nieve— refulge ante la vista, y brilla con un fulgor de brillantez absoluta. Con igual celeridad, la cortina de nubes cae y desaparece de la faz del oscuro lago profundo de Pomacocha y parece que toda la escena no es sino una visión encantada.

Pero, al volver, cruzamos con seguridad la última estribación de la cordillera, y descendimos a la pampa de Casacancha, donde no nos paramos, sino que seguimos adelante unas tres leguas más allá de este lugar de reposo habitual para pernoctar en Palcomayo, otra parada común o lugar de descanso para los viajeros de este camino, aunque está poco provisto.

Pero no nos habíamos alejado mucho de Casacancha cuando uno de nuestros compañeros de viaje experimentó un dolor de cabeza muy extremo, la cara se le puso tibia, las arterias de los temporales le latían con violencia, su respiración se hizo dificultosa y parecía como si el pecho fuera muy estrecho para su contenido. El otro caballero se quejó menos: solo lo aquejaba un molesto dolor de cabeza, pero sus ojos estaban inyectados de sangre. Quien esto escribe se vio afectado de modo diferente que sus compañeros. Sufría un dolor de cabeza moderado, pero a medida que caía el sol las extremidades se le enfriaron rápidamente, la piel se le encogió, y entonces vino una sensación de malestar y opresión por el estómago y el corazón con una respiración jadeante, entrecortada y apresurada. Sus amables asociados, en esta ocasión, olvidaron sus propios males para atenderlo en sus más urgentes necesidades. Lo envolvieron cuidadosamente en pieles de ovino calientes, que forman la cama habitual de la pobre familia india en el interior, y renovaron sus energías con un tónico tazón de té caliente. De esta manera, e inmerso en el humo que llenaba toda la choza, volvió prontamente el calor natural a las extremidades y la piel y así se sintió comparativamente bien, y pasó una noche mejor que cualquiera de sus dos amables amigos.

El sirviente encargado de la mula con la carga se quedó atrás y por no conocer la ruta ni ser capaz de avistarnos se salió del camino y anduvo por el valle vecino, Caraguacayán, y no apareció hasta la mañana siguiente. Los caballeros aludidos antes tuvieron por tanto que arreglárselas como los viajeros menos aprovisionados lo hacen habitualmente. Sus *alforjas* les sirvieron de almohada, usaron sus *pellones* y mantas de silla como cama, y sus ponchos como el mejor cobertor. Así, yacían encerrados en el piso de una pequeña y sucia casucha, demasiado pequeña para permitirles estirar las extremidades sin arriesgarse a chamuscarse los dedos de los pies en las cenizas ardientes que

rodeaban el hogar. El viento penetraba a través de cientos de hendiduras del tosco muro y por la baja y estrecha entrada mal tapada con una piel de ovino hecha jirones amarrada con correas a una valla.

Inquietos y chillones cuyes —residentes permanentes de toda choza ruinosas—perseveraron al inicio de la noche en un ataque audaz contra nuestras reservas de pan; jaloneaban nuestras alforjas, que habíamos colocado bajo nuestras cabezas, y mordisqueaban su contenido con una audacia y temeridad que creemos que solo puede inspirar el hambre. Apenas estos asaltantes nos habían dejado descansar en el silencio de la noche, cuando el gallo que velaba en una hornacina en la pared (usualmente ocupada por la imagen de un santo doméstico), comenzó con su repetido cacareo a intervalos imprevisibles hasta bien entrada la gris mañana, cuando ya todo estaba en movimiento: el pastor reunía a su rebaño, que los fieles perros, inseparables de las ovejas, habían guardado toda la noche contra el acecho de la zorra y otros enemigos; el arriero se sacudía en su poncho e iba a recoger sus mulas, y el ama de casa dejaba su cama de pellejo de llama y oveja, y comenzaba su tarea diaria de hervir el caldo o sopa, para el desayuno, y con el humo hacía salir a los huéspedes de sus incómodos lechos.

Con tantas incitaciones para animarnos, nos alegró salir y respirar el aire fresco, mientras se alistaban las cosas para partir en un nuevo día de viaje, con solo un dolor de cabeza, residuo de nuestro común malestar.

El autor tuvo frecuentes ocasiones posteriores de pasar por la misma parte de la cordillera, y aprovechando su primera lección, tuvo cuidado de comenzar el viaje siempre temprano en la mañana, para llegar no bien cayera la noche al alojamiento donde pernoctaría. Se recobraba y se metía en la cama tan pronto como le era posible después de llegar, y cuidaba de dormir seco y caliente. De modo que evitando lo frío y lo húmedo, que impiden la transpiración y recargan los vasos sanguíneos profundos, ha eludido desde entonces en esta ruta la enfermedad de la cordillera.

Más de una vez ha presenciado las más conmovedoras escenas de quejas y sufrimientos, sin mencionar la preocupación adicional de la *veta*, cuando algún viajero empapado y aterido ha llegado muy tarde

a Casacancha,<sup>3</sup> y ha utilizado como lecho su pellón ya medio mojado colocándolo sobre el piso de tierra húmeda o sobre un poyo de arcilla, y se ha cubierto con ponchos empapados para pasar la noche. En estas condiciones por la mañana, ese viajero se puede encontrar envuelto por ponchos medio congelados y cuando se levanta y mira alrededor, con frecuencia ve la pampa cubierta de nieve que ha tapado la hierba sin que puedan aprovecharlo las bestias temblorosas que permanecen amarradas allí.

En estos caminos, especialmente en una temporada en que es razonable suponer que habrá mal clima, lo mejor que el viajero puede hacer es utilizar una bestia alquilada a un arriero, quien con más probabilidad tendrá cuidado de su propia mula que de una que pertenezca a otro, y no siempre hay hombres para cuidar al ganado suelto en los altos pastizales por la noche. El frío casi de seguro lleva de vuelta a su corral a cualquier animal no habituado a ese clima; de modo que, si el ganado se deja libre, por la mañana un viajero puede encontrarse con la decepción de que ha huido y que le es imposible continuar con su viaje. Los arrieros suelen acampar para la noche donde mejor conviene a sus animales en la *puna*, cerca de las chozas de Casacancha o Palcomayo, y están tan acostumbrados a ello que yacen y dormitan, no diremos suavemente pero lo bastante profundamente, entre trozos de pellejos y *jerga* (paños tejidos) utilizados para proteger los lomos y hombros de las bestias, bajo cuyos *aparejos* o almohadillas, colocados de pie en el suelo, gatean y encuentran abrigo para la noche, pero posiblemente nadie con los nervios olfativos despiertos sería inducido a permanecer ni un minuto en tales hospedajes.

De Palcomayo a Cerro de Pasco se calcula una distancia de aproximadamente trece o quince leguas, por pastizales frágiles y fríos, llamados *puna* o sobre todo *pampas*, como la meseta del Bombón, por la que pasa una parte del camino. Este viaje rara vez puede realizarse en un día sin que perjudique a hombres y animales, y, por tanto,

---

3. El nombre de este lugar es muy apropiado, pues implica la comida que ofrece. Casa es la palabra castellana, y *cancha* es el nombre quechua del grano de maíz tostado, de ahí Casacancha o casa del maíz tostado.

usualmente se divide, y el viajero puede alojarse en la aldea de Hualliy o en la hacienda de Diezmo. Cada uno de estos lugares dista de Cerro de Pasco unas siete leguas, y están separados entre sí por una cadena de montañas bajas y algunas rocas de apariencia muy notable, cerca de la entrada a la meseta del Bombón, que está, por lo general, repleta de vacunos y ovinos.

La ruta más alta y —se dice— la más corta desde Palcomayo es la de Hualliy, pero resulta pantanosa, y solo es practicable en la estación seca; la otra ruta pasa por Diezmo y, aunque puede ser un poco más larga, es la más segura y la mejor; y, por ello, generalmente, el arriero la utiliza. En cualquier dirección, hay que atravesar ríos, densos y profundos en la época de lluvias. Por el Hualliy el viaje resulta interesante debido a que se oye muchas veces el silbido de la vicuña, vigilando a sus congéneres y advirtiéndoles de que se aproxima el viajero, para que todo el rebaño deje sus pasturas y se encamine a alturas más inaccesibles. Las ocas también son muy numerosas y hay un lago por donde se pasa que se presenta como el lugar de recreo favorito de los elegantes flamencos. Ver una bandada de ellos volando es algo magnífico.